



ALEXANDER ERMOCHENKO

PASEO ENTRE CADÁVERES POR LAS CALLES DE MARIUPOL

La máquina de propaganda rusa ya ha comenzado a vender la conquista de Mariupol a su opinión pública. En la ciudad, sin embargo, según los evacuados que han llegado a Zaporíyia, hay enfrentamientos en todas las ca-

lles. Ayer se registraron mucha menos afluencia de evacuados, aunque el alcalde acusa a Rusia de realizar una deportación. A los civiles les habrían pedido llevar brazaletes blancos, el símbolo de las tropas invasoras.

MAXIM
ÓSIPOV

Este escritor ruso es contrario a la guerra y fue de los pocos que en su país criticó la anexión de Crimea

«El tiempo de las manifestaciones en Rusia ha pasado»

JOSE MARÍA ROBLES MADRID

Maxim Ósipov (Moscú, 58 años) es uno de los autores esenciales de la literatura rusa contemporánea. Cosecha piropos de la premio Nobel Svetlana Alexiévich por su capacidad para retratar a los Juan Nadies postsoviéticos –maestros de escuela, políticos locales, obreros...– con una mezcla de ternura, humor y lirismo. Y asiste con cierto fastidio a la comparación con Antón Chéjov y Mijail Bulgákov, escritores y médicos como él, que se especializó en Cardiología y ha ejercido hasta antes de ayer en un hospital de pueblo.

Allí mismo, a Tarusa, a un centenar kilómetros de la capital, había regresado Ósipov tras presentar en España su trabajo más reciente: la co-

lección de relatos *Piedra, papel, tijera* (Libros del Asteroide). Él, que ya se había posicionado en contra de la anexión de Crimea, sintió que tenía que hacer las maletas cuando Putin ordenó invadir Ucrania.

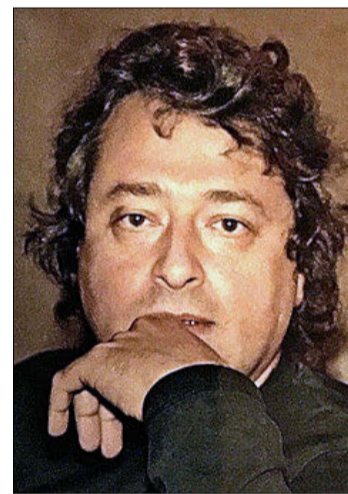
Pregunta.- ¿Qué piensa el ruso de a pie de la guerra y de las decisiones del presidente Putin?

Respuesta.- Cogí un vuelo a Ereván hace una semana. Hasta ese momento, 40 aviones llegaban cada día a la capital armenia desde Rusia con gente corriente: ingenieros, informáticos, biólogos... Todos –en mi vuelo no había ni un solo armenio– huían del país, supongo que nada contentos con Putin. Era gente que se sentía igual que yo. Algunos de ellos esperaban que esto terminase pronto.

Otros pensaban que esto iba a durar... ¿A qué me refiero con esto? A la propia guerra, al sentimiento de culpa... A todo. El país ha sido destruido en pocos días, aunque hay quienes viven como si nada hubiera pasado. Son un 60% o un 70%, no lo sé, es muy difícil hacer este tipo de cálculos en un país que no es democrático. Un dictador suele tener un apoyo del 99%, pero claramente ése no es el caso en Rusia, donde hay gente muy valiente manifestándose contra la guerra. Yo también me manifesté, pero no ahora. Creo que ya no tiene sentido hacerlo, sería algo así como protestar contra la guerra en Berlín en 1942. El tiempo de las manifestación ha pasado.

P.- Usted es escritor y cardiólogo. ¿Rusia en 2022 es un país más o menos sano que en 1991, cuando colapsó la Unión Soviética?

R.- Era mucho más sana entonces. Yo fui uno del millón de personas que salió a la calle en ese momento. Si mirabas a tu alrededor, veías a muchos ingenieros soviéticos. Los ingenieros no son expertos en música contemporánea ni en corrientes poéticas, pero saben distinguir perfectamente cero y uno. Saben que dos más dos son cuatro. Era gente con una educación básica que sobresalía en matemáticas o en física. Hoy, en la calle, sobre todo entre los jóvenes, se ve a abogados y economistas. Si les preguntas cuánto es dos más dos, te dirán: depende. No necesariamente se agarran a la verdad. La verdad jugó un papel mucho más importante en el 91 que ahora, y eso creo que no es sano para la sociedad.



E. M.

«Rusia era mucho más sana tras el colapso de la URSS que ahora»

«Los oligarcas para mí no son gente interesante, son menos libres que yo»

«El país ha sido destruido en pocos días aunque hay gente que lo niega»

P.- ¿Qué aprendió de su país e incluso de sí mismo el tiempo cuando vivió en California en los años 90?

R.- Bueno, yo entonces era un hombre joven... Aprendí mucho sobre cuestiones profesionales. También mi inglés mejoró. Y, por supuesto, fue una fantástica experiencia entender cómo funciona la democracia occidental. En aquella época yo era un patriota ruso feliz de que la URSS desapareciera y de que viviéramos en una sociedad libre. Quería regresar para ayudar a mi país, estaba convencido de que Rusia se convertiría en miembro de la comunidad internacional. Lo que más necesitábamos era entender qué éramos. Ahora probablemente sea demasiado tarde para todo esto, pero en ese momento se entendía que Rusia era un país único. Como Hungría, Checoslovaquia o España, que tienen sus artistas, sus científicos... Yo estoy orgulloso de mi familia y la quiero, pero entiendo a las demás. Jamás diría que la mía es la mejor. No es algo tan simple. A principios del siglo XX, uno de cada 10 habitantes de la Tierra era ciudadano del Imperio Ruso. Hoy representa el 1,5%, aproximadamente. Rusia perdió el 80% o el 90% de su población. No sobrevivió al siglo XX.

P.- ¿De qué forma pudo haber ayudado Occidente a Rusia en los años 90 y no lo hizo?

R.- No soy sociólogo ni político. Occidente y Rusia fueron enemigos durante un largo período de tiempo y hubo recelo entre ellos. Yo intento no culpar a los demás ni ser egoísta. Aunque, por supuesto, visto en perspectiva, se cometieron errores.

P.- ¿Qué influencia tienen músicos, artistas o escritores como usted, que no están de acuerdo con Putin sobre la guerra, en la opinión pública rusa?

R.- Cuando la Duma reconoció a las repúblicas de Donetsk y Lugansk como territorio ruso, hubo una votación con 400 votos a favor y ninguno en contra. Nuestra voz no está representada en el Parlamento. Aunque el 30% o el 40% de la población esté en contra de la guerra, nadie habla por ellos. Hoy en Rusia ni siquiera se puede llamar guerra a la guerra. Si alguien dice guerra en vez de *operación especial en el este de Ucrania*, su nombre oficial, puede acabar en la cárcel. Para mí ésa fue la señal de que debía coger a mi familia e irme. Si el resto de europeos o los estadounidenses hubieran leído *Mein Kampf* cuando se publicó, tal vez hubieran hecho algo al respecto. Estos días se escucha un Moscú un eslogan: «No nos avergonzamos». Si la gente dice que no se avergüenza, entonces no hay forma de convencerla con palabras para que cambien de opinión.

P.- Sus historias están ambientadas en pequeñas ciudades del interior. ¿Son mejores para escribir con más libertad?

R.- En ellas hay menos orden, pero no sé si eso se traduce necesariamente en más libertad... Al mismo tiempo, en las ciudades pequeñas puedes acabar en la cárcel por algo que en las grandes ciudades o la ca-



pital solo acabaría en una multa. En provincias hay menos disidentes y son mucho más visibles. Eso puede ser más peligroso.

P.- ¿Teme por su seguridad?

R.- Estoy en Ereván, así que supongo que mi familia y yo estamos a salvo. Queremos irnos a Alemania y estamos esperando los visados. Soy afortunado, estoy quedándome en casa de un amigo que conozco desde 1987.

P.- Usted ha declarado pertenecer a una generación perdida. ¿Qué cree que va a pasar con los jóvenes que sean víctimas colaterales de esta guerra o se vean obligados a abandonar el país para ganarse la vida?

R.- Es difícil decirlo. Yo no hablé de generación perdida, sino que la mía era una generación de perdedores. En los años 90 obtuvimos libertad para hablar, para hacer negocios, para salir al extranjero... Y luego nos las quitaron. Por eso nos sentimos perdedores. En cuanto a las generaciones jóvenes: tal vez a algunos de ellos les sirva para empezar de cero. Algunos de los que se vaya al extranjero, por supuesto, lo pasarán mal. Tal vez regresen a casa y no sean bien recibidos. Había una película muy buena, ¿cómo se titulaba...? *Europa*, de Lars von Trier, sobre un joven alemán que vuelve a su país en octubre de 1945, y es trágica. Un hombre de negocios estadounidense amigo mío me ha dicho: algún día volverás a Tarusa y será un regreso glorioso. Yo no lo creo.

P.- Declaró que «en Rusia no vive bien ni su asquerosa élite». ¿Le interesaría escribir de esos oligarcas que han regresado a su país desde la Costa Azul o el Lago de Como?

R.- Estoy pensando en escribir sobre la propia esencia del dinero. El dinero es interesante, Dostoievski escribió mucho sobre el dinero... Con respecto a esta gente, diría que no son tan interesantes y que saben que les pueden arrebatar fácilmente sus riquezas. En realidad, los oligarcas son menos libres que yo.

P.- La ONG Memorial fue prohibida en diciembre de 2021. Sin ella desaparece una parte importante de la conciencia crítica. ¿Qué futuro le espera a un país sin memoria?

R.- Uno muy triste. En medicina, cuando hay que aplicarle una descarga eléctrica a un paciente, primero se le proporciona Propofol por vía intravenosa. La persona se duerme, pero no muy profundamente. No se trata de una anestesia, sino de una sedación. La descarga es dolorosa. Lo sorprendente es que cuando la persona despierta, no se acuerda. Con los países las cosas funcionan de otra forma. Mi hija, que es violinista, vive en Alemania desde hace muchos años. Admiro el trabajo que han hecho allí sobre su pasado. A mí me gustaría que me trataran como a cualquier ser humano. Entiendo que ahora ser ruso implica llevar una carga adicional y tener que expresar mis opiniones abiertamente. De lo contrario, podría ser considerado uno de los malos, de los que empezaron la guerra.